

Aguas negras

JOSE ANTONIO ABELLA

SUELE decirse que una imagen vale más que mil palabras. Pero esta afirmación no es del todo cierta: una palabra puede valer más que mil imágenes. Sólo hace falta pasar alguna hora delante del televisor para darse cuenta de la relatividad de la primera aseveración, e incluso también de la segunda.

De cualquier forma, fotografías como las publicadas el pasado miércoles por este diario son más expresivas que sesudas reflexiones en torno al interés de las instituciones por la salubridad pública: Únicamente les faltaba el olor.

Ya se habrán dado ustedes cuenta que me estoy refiriendo a los vertidos residuales en el recién inaugurado embalse del Pontón Alto, cuyas aguas está previsto que calmen la sed de nuestras bocas cuando apriete el estío. Lo de vertidos residuales es un eufemismo que a cualquiera se le contagia de tanto oírsele decir a los responsables de tales desaguisados. Aguas fecales sería más exacto. Pura mierda en el castizo más claro.

Si uno tuviera acciones en una empresa embotelladora de agua mineral se estaría frotando las manos después de haberse mandado ensanchar las entretelas del bolsillo.

Pero uno sólo es un ciudadano normal y corriente, de los que no tienen más recursos que el pataleo, de los

que no saben a ciencia cierta quién es el responsable de tal irresponsabilidad, de los que no necesitan saberlo para sentirse seriamente preocupados por las sorpresas que nos habrá de deparar este próximo verano la boca del grifo, por la que no aspiramos a que salga chocolate ni champán, sino un agua lo suficientemente clara como para poder acercar los labios al vaso sin el temor a que una bacteria fecal te colonice las tripas o a que un exceso de cloro te chamusque la pituitaria.

Un simple ciudadano, de los que, entre pataleo y pataleo, necesitan echar un trago de agua (embotellada, naturalmente) para poder tragar tanta declaración de unos y otros, desde aquellas en las que la oposición regional decía, más o menos textualmente, que ellos habían hecho el botijo y a la Junta le correspondía el pitorro, hasta las de quienes dejaron plantado al Ministro de Obras Públicas cuando vino a inaugurar el botijo, pasando por las de aquellos que aseguran que tales vertidos no tendrán la más mínima incidencia en nuestra salud.

Ya se sabe —vienen a decirnos estos últimos— que todo lo que no mata, engorda. Y como además los segovianos somos gente poco amiga del derroche, pues mejor que mejor, sobre todo si estamos invitados al espectáculo gratuito de ver cómo las instituciones públicas de diferente signo político se van pasando la patata caliente, o

echando balones fuera en un partido de fútbol donde siempre pierden los espectadores.

Que ocurran estas cosas en una ciudad pionera en el abastecimiento de agua corriente, como nos demuestran las canalizaciones del Acueducto que en estos días se están descubriendo, es verdaderamente lamentable.

Es lamentable que la ingerencia hidráulica de fin de milenio incurra en errores que hubieran hecho sonrojar a los constructores de tales canalizaciones.

Igualmente lamentable que haya que retrotraerse al Reglamento de Sanidad Municipal de 1925 y a la Ley de Bases de Sanidad de 1944 para recordar la obligación que tienen los Ayuntamientos de proveer de agua potable a sus ciudadanos.

Lamentable que una ciudad que se encuentra a tan escasos kilómetros de la Sierra haya de conformarse con un agua de una calidad que, en un arranque de benevolencia, sólo se pueda

calificar de dudosa.

Lamentable que aquella vieja cantinela que definía al agua como una sustancia incolora, inodora e insípida sea sólo un recuerdo de escuela. Tan lejano ya como aquellos mapas de hule en los que Castilla lindaba con esos mares de Dios a donde van a parar, como entonces aprendimos, las aguas de todos los ríos, incluidos esos ríos de la vida que nos indicaban las copas funerarias de Jorge Manrique.

Pero no pensemos en las aguas, por muy negras que puedan ser, como en un símbolo de muerte. Seamos optimistas y hagamos como la Junta de Castilla y León que, en el Día Mundial del Medio Ambiente, adoptó el lema

¡Agua... Vida! para concienciarnos, por medio de carteles y camisetas, de la importancia de no malgastar este valioso recurso. Labor encomiable. A pesar de que en la etiqueta de las camisetas figurase la inscripción *Made in Ireland*.

«Lo de vertidos residuales es un eufemismo que a cualquiera se le contagia de tanto oírsele decir a los responsables de tales desaguisados

”